



RAILORTI

CON NICARAGUA 2022



Edita: Asociación Nicaragua Libre

Volumen al cuidado de Daniel Rodríguez Moya.

Dibujo de portada: Rafael Alberti y El Alba del Alhelí S.L

© de los textos:

Sus autores y autoras.

Rubén Darío (dominio público)

Rafael Alberti y El Alba del Alhelí S.L

Herederos de Ernesto Cardenal

Herederos de Claribel Alegría

Herederos de Francisco Ruiz Udiel

© de las ilustraciones:

Sus autores y autoras.

ISBN: 978-84-09-40056-0

Depósito legal: BU-XX-2022

Diseño y maquetación: info@idycos.es

Impreso en: BSD Servicios SL,

Avda. de Madrid 128, Nave 36

28500 Arganda del Rey

Madrid (España), 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.



Nicaragua una vez estuvo tan llena de esperanza...
Fue la ilusión del mundo. Daniel Ortega y Rosario Murillo son un ejemplo de hasta qué punto puede llegar a corromper el poder y hasta qué punto personas que han significado cosas muy distintas al principio de sus vidas pueden llegar a corromperse con el poder. Me parece que es fundamental apoyar la lucha de los nicaragüenses.

(Almudena Grandes, 2018)

Para las personas asesinadas y heridas por el régimen Ortega-Murillo, desaparecidas, presas políticas y exiliadas.

Para todas las personas que creen en una Nicaragua que sea una patria libre para vivir.

CON NICARAGUA 2022

Asociación Nicaragua Libre

En 1985 la editorial española Ayuso publicaba un libro que reunía poemas de más de un centenar de escritores bajo el título ‘Con Nicaragua’. La revolución sandinista, que había triunfado en 1979, ilusionó a millones de personas en todo el mundo, y el asedio que vivía el país centroamericano por parte de la llamada Contra, financiada por los Estados Unidos, generó una extraordinaria solidaridad. En todas partes surgieron comités de apoyo, iniciativas para alzar la voz por el pueblo nicaragüense. En ese contexto, poetas de muy distinta procedencia y estilo prestaron sus versos a la causa de los nicaragüenses que querían defender su revolución, porque con ello defendían también una toma de posición, de compromiso. El escritor Manuel Vázquez Montalbán, en el prólogo a ese volumen, reflexionaba sobre el papel de los intelectuales señalando que “lejos está el escritor de hoy de aquella estatura de estatua épica que la conciencia cultural europea construyó a su inteligencia de entreguerras”. Aún así, Vázquez Montalbán sí reconocía que a la palabra poética “alguna influencia le queda como testimonio moral que sale y entra continuamente entre los territorios de la memoria y la predisposición de la conducta”. En este argumento, el escritor concluía que aunque “sin pretensión de cambiar la Historia” los poetas participantes en el volumen ofrecían “un chaleco blindado de palabras” y aseguraba que Nicaragua, en ese entonces, era la “frontera actual de la moral de la Historia”. Un buen puñado de versos reunió ese libro “como una propuesta de compromiso activo”. Entre los poetas que regalaron su talento, no solo a través de sus palabras sino también con un dibujo para la portada, estuvo Rafael Alberti.

Han pasado más de 40 años desde el triunfo de aquella revolución perdida, como la definió Ernesto Cardenal. Perdida por mucha causas que no vamos a enumerar ahora. Una revolución de la que algunos de sus héroes salieron convertidos en villanos. De libertadores, a opresores. De guerrilleros, a dictadores. Nicaragua vive en este 2022 las peores consecuencias de un régimen dictatorial de facto encabezado por uno de aquellos “compas” que hicieron ese camino hacia lo que alguna vez combatieron. Daniel Ortega y su esposa Rosario Murillo subyugan, en nombre de una revolución que dejó de existir hace mu-

chos años, a un sufrido pueblo que padece un gobierno manu militari que no deja de provocar dolor, miedo y angustia. Desde abril de 2018, cuando comenzó una brutal represión a unas protestas pacíficas por la bajada de las pensiones a los mayores, las cifras de asesinados por las fuerzas estatales y paramilitares del gobierno alcanza casi los cuatro centenares, los exiliados superan los 150.000 y los presos políticos son casi 200. Así lo avalan las más solventes organizaciones internacionales de derechos humanos y la propia Oficina de la Alta Comisionada de Naciones Unidas para los Derechos Humanos.

Pero todas estas violaciones suceden en un contexto muy diferente al de los años ochenta. Un contexto en el que Nicaragua ya no es ese faro de las causas justas en el mundo, en el que su importancia geopolítica es casi nula, en el que el resto del mundo mira hacia otras latitudes. Por eso es más valioso aún que en estas circunstancias de casi invisibilidad para Nicaragua un puñado de poetas de gran relevancia, algunos de los cuales ya participaron en 1985 en ese volumen conjunto, se posicionen con Nicaragua en 2022. Porque los motivos son los mismos que entonces. La causa no es distinta. Por eso este libro sale al encuentro del lector con el mismo dibujo de Rafael Alberti, con su poema que entonces dedicó a Sandino y es que, como escribe su viuda, “las encendidas palabras de Alberti siguen todavía vivas y en la oscuridad cruzan llameantes el cielo nicaragüense para dar aliento y fuerza a su valiente gente”.

Si en 1985 a Vázquez Montalbán le parecía que el hecho de que unos poetas reunieran sus versos para “comunicar solidaridades con una revolución acosada” pudiera parecer “un penúltimo ejercicio de romanticismo literario comprometido o como el último estertor de la antigua agonía de los brujos propietarios de la palabra”, en 2022 el diagnóstico nos tememos que no es mucho más halagüeño. Aún así creemos en el valor de la palabra. Porque el pueblo nicaragüense, por una vez, ha decidido que su revolución, la que tiene que ser la definitiva, no puede tener más armas que esas, palabras como libertad, solidaridad, justicia.

Poesía en llamas

Sergio Ramírez

Esta antología que debemos al cuidado solidario de Daniel Rodríguez Moya, andaluz nicaragüense, habla por todos aquellos a quienes se ha quitado la voz en Nicaragua. Porque fueron asesinados en los días sangrientos de la rebelión de abril de 2018; porque están presos en las ergástulas de la tiranía; porque están siendo juzgados por delitos que nunca cometieron, fabricados por una perversa fantasía delirante; porque han tenido que huir del país, perseguidos, y viven hoy la azafrona suerte del exilio; o porque sufren dentro del país persecución y acoso bajo el estado policiaco.

Son poemas incubados en la rabia y en el amor, y que nos recuerdan que los cimientos de Nicaragua han estado siempre en la poesía, que es un estado de alerta y a la vez una queja dolida, una advertencia a los tiranos que ensucian y falsifican las palabras y corrompen el lenguaje. La poesía obstinada, rebelde y profética que arde como una hoguera en la oscuridad de la noche que parece no tener fin, pero que en sus deslumbres presagia el amanecer.

En Nicaragua la poesía nunca ha sido un acto inocente, y desde siempre ha servido para revelar y para rebelarse. La conciencia del país expresada en las palabras, no en balde un país de poetas es un país de voces que nunca duermen, y que sirven para despertar a los demás. Palabras que se alzan en rebelión; palabras que no descansan. Nuestra permanente Hora O anunciada por Ernesto Cardenal, uno de nuestros grandes poetas.

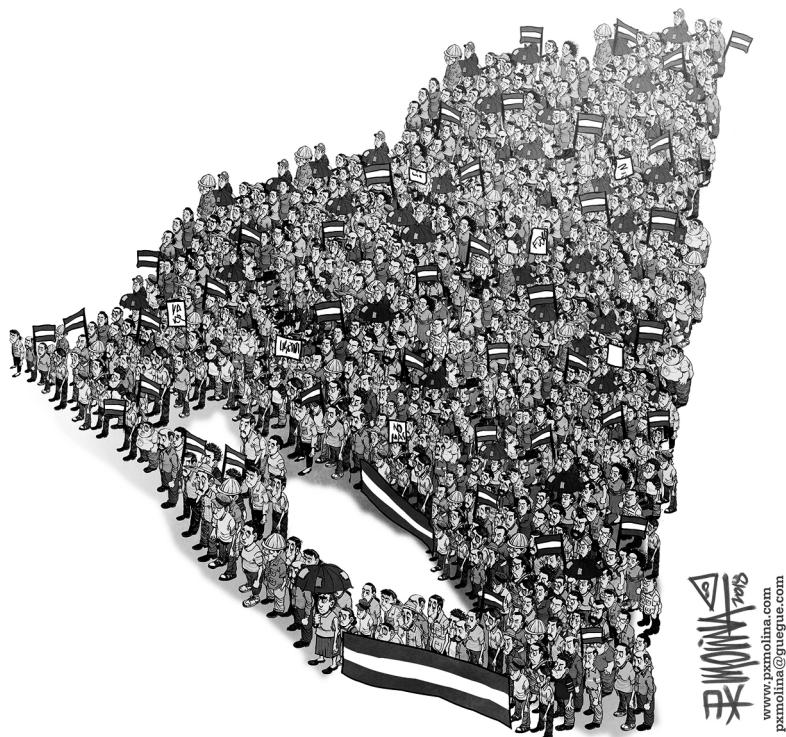
Los poetas aquí representados son nicaragüenses unos, y los hay también de otras latitudes, y que a través de sus voces han tejido una red solidaria para un país que a lo largo de su historia ha visto la democracia y la libertad como excepcionales mientras la tiranía ha sido la constante, tiranías sometidas a intereses extranjeros ayer y hoy, como lo expresaba ya, tantos años atrás, la voz de Rafael Alberti.

Nuestra historia es de ocupaciones militares desde la primera mitad del siglo veinte; fue la ocupación militar de Estados Unidos la que engendró la dictadura de la familia Somoza en 1934, tras el asesinato del general Sandino, y se prolongó por medio siglo hasta que una revolución que llenó al mundo de esperanzas, la derrocó en 1979. Esa misma revolución traicionada, y convertida hoy en un remedo bajo la

dictadura de la familia Ortega Murillo, que hoy rinde pleitesía a Rusia y ensalza su guerra de conquista contra Ucrania. Y, de por medio, la violencia contra la soberanía, del tratado Chamorro Bryan de 1914 al tratado Ortega-Wang Ying de 2013, un siglo después, ambos instrumentos de despojo bajo el espejismo malévolos de la construcción del canal interoceánico a través del territorio nacional.

No habría manera de que la poesía no toque estas heridas, y no sea un reflejo de la historia, la belleza pasada a fuego, moldeada a golpe de martillo desde la voz de Rubén Darío que clama contra la opresión, “¡temblada, temblad tiranos!”, hasta la voz profética de Ernesto Cardenal, y desde allí a los poetas que en el siglo veintiuno se han hecho cargo de esa herencia luminosa.

La verdadera manera de escribir nuestra historia. Una poesía en llamas.



Aterrizando

Nicaragua desde el cielo.

Los yankis por los caminos.
Martí se fue a las Segovias
con el general Sandino.

Managua desde las nubes.

Sangre por los levantados
pueblos de San Salvador.
Martí cayó fusilado.

Managua desde Managua.

Se fueron ya los marinos.
Los yankis firman la paz...
pero matando a Sandino.

Rafael Alberti (España, 1902-1999)

Siempre con Nicaragua

Rafael Alberti amaba Nicaragua por ser la tierra de Rubén Darío, de Sandino, de Ernesto Cardenal y, en especial, por su bravo pueblo... Este amor no decayó nunca, siempre se sintió involucrado en su lucha por la democracia, por la libertad que, desde la cercanía y la distancia defendió. Los versos de Rubén realizaron el milagro lírico para que Alberti y María Teresa León, conocidos antí imperialistas, entraran en 1935 en Managua y, ante su asombro, Somoza nombró a Alberti Huésped de Honor porque en la patria de Rubén Darío no podía negársele la entrada a un poeta como él. Es lamentable que no mostrara esa sensibilidad ante los atropellos más feroces.

Rafael fue y es un poeta en la calle, su poesía cívica demuestra su fraterna solidaridad con los países oprimidos. Su calle era el mundo, la defensa de los pueblos sometidos a la injusticia, ya con sus versos, firmando manifiestos o con su firme presencia asistiendo a los actos solidarios contra la represión política. Su voz, su grito desgarrado estuvo siempre junto a los más débiles, defendiendo los derechos humanos ya desde las calles bombardeadas de aquel Madrid capital de la

gloria de 1936 a los arrasados campos del Vietnam, desde las avenidas ensangrentadas del Santiago de Allende a la Argentina militarizada o a la opresión dictatorial de la Nicaragua traicionada.

Tras el triunfo de la revolución sandinista, Rafael Alberti fue uno de los primeros escritores en visitar el país liberado. Regresó a una Managua casi destruida por los terremotos y la guerra para dar un recital en el teatro Popular Rubén Darío y fue Ernesto Cardenal -entonces Ministro de Cultura y un niño cuando Alberti visitó por vez primera Nicaragua- el que lo presentó emocionado ante el público, como un mito de su juventud. Rafael, sentía por Cardenal un afecto profundo y lo describía de esta singular forma: como un poeta serio, valiente y adorable, con voz de predicador, al que he visto en pocos momentos quitarse la boina vasca con la que obstinadamente corona su cabeza. Recita muy bien, tanto sus bellos e ingeniosos epigramas como sus largos poemas, accionados por unas manos levantadas, que acompañan su tono de sermón, lleno a veces, en medio de lo tremendamente dramático, de cosas que parecen irreverentes, duras y divertidas.

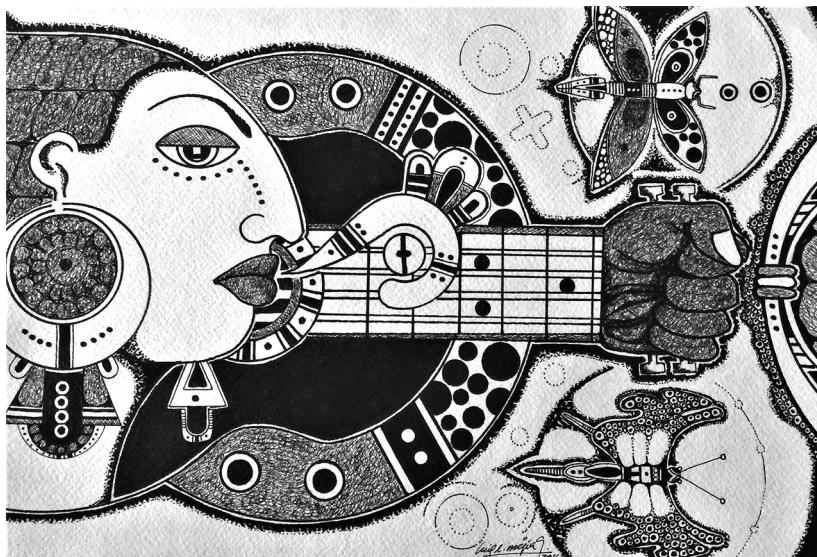
El paso del tiempo no se alía siempre con las causas más justas y es capaz de pervertir y traicionar el latido del corazón de un pueblo por el que tantos perdieron su vida defendiendo sus derechos, aunque no sus ilusiones. Hoy, los nicaragüenses soportan un régimen que no se merecen, descompuesto por el aroma del desastre y la corrupción. Y sé, con absoluta seguridad, que las encendidas palabras de Alberti siguen todavía vivas y en la oscuridad cruzan llameantes el cielo nicaragüense para dar aliento y fuerza a su valiente gente.

María Asunción Mateo

Hoy es noche de sombras...

Hoy es noche de sombras
de recuerdos-espada
la soledad me tumba.
Nadie que aguarde mi llegada
con un beso
y un ron
y mil preguntas.
La soledad retumba.
Quiere estallar de rabia
el corazón
pero le brotan alas.

Claribel Alegría (Nicaragua, 1924-2018)



Luis Enrique Mejía Godoy. Rompiendo los muros.

Ante la quema de la Sangre de Cristo (31 de julio de 2020)

El verbo se ha ido y ha vuelto, cocida la apariencia.

Geoffrey Hill

La quemada y cocida apariencia de la Sangre de Cristo, despierta la piedad
Y el horror de contemplar otra crucifixión: otro oprobioso martillo,
Otra tejedora de coronas para las sienes venerables y las espinas que se
pulverizaron

En el espléndido oratorio. Cómo no amar tu cara, ahora desconocida
Por otros escupitajos resueltos en el fuego y la rifa de la túnica
Cuando todavía escuchamos el rodar de los dados. Tu cabeza ladeada
Invocando al Padre, la boca bíblica de donde emanaron las paráolas
Y la represión de los demonios y los más dulces diálogos para el arrepentimiento,

Las sanaciones orales que también fueron escritas para los Hechos de los
Apóstoles y para los Evangelios.

Y como consecuencia de toda verdad, fuiste exterminado
Y te volvieron a aniquilar en la Catedral de Managua, donde apartas el cáliz
Y donde te volvió a atravesar la lanza del destino y te lloramos como las
mujeres piadosas

Que anhelan untar perfumes y resinas olorosas a los músculos,
A los perfectos tejidos, a los proféticos ojos, a las flageladas articulaciones,
a las sacras coyunturas,
Chamuscados en el dolor, en esa vocación del martirio que siguen tus
vástagos con guirnaldas de sancuanjoches.

Nada como abrasar tu cuerpo abrasivo.

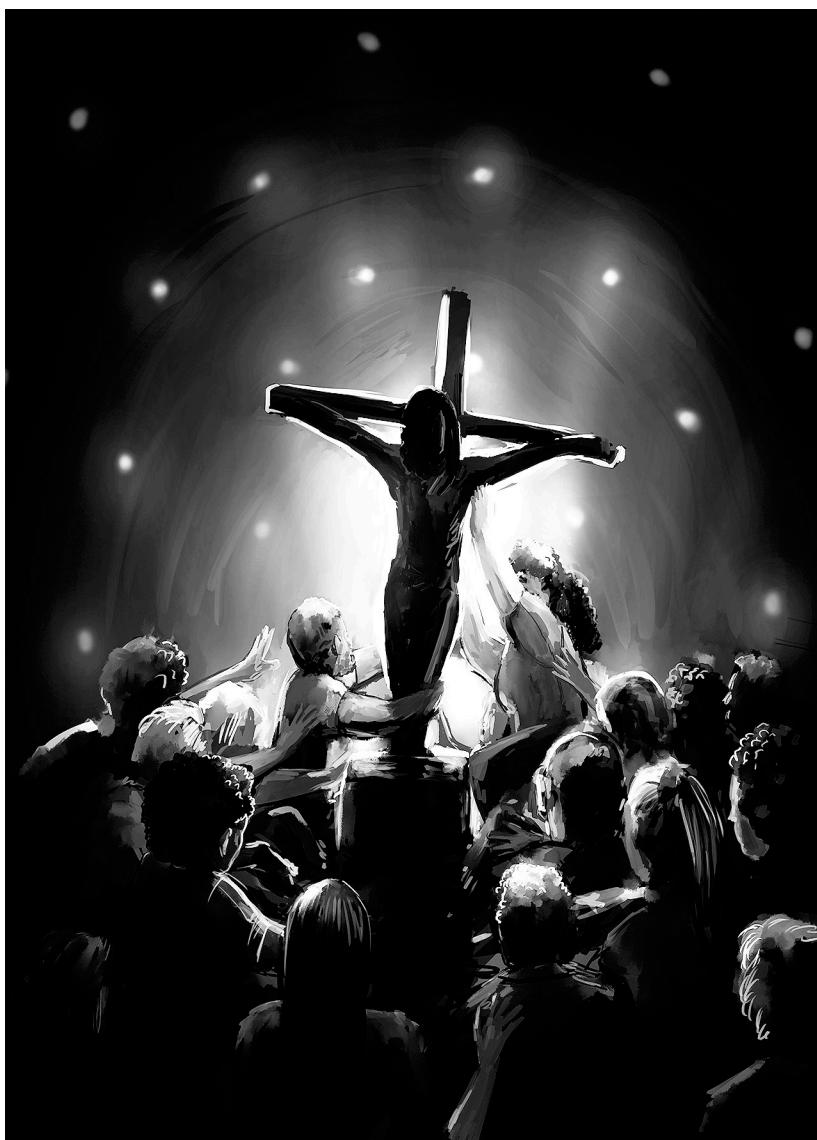
Verte seguir en la cruz, firme y mostrando la fortaleza de la fe
Y el cálamo bendito; porque sigues suspendido como un guanacaste
Partido por el rayo. Tú no decaes ante las podredumbres humanas
Y nos llegan las siete palabras y tus evocaciones a Dios,
Como en el desierto; porque vendrán la dignidad y la renovación de todo
templo, de todo cuerpo, resurrectos.

Sublime sangre que también es nuestra.

Cristo quemado, quemado Cristo y vuelto a renovar
Por todas las maderas de los bosques.

He aquí tu pueblo. He aquí Nicaragua. Ecce Homo.

Javier Alvarado (Panamá, 1982)



Adriana Mejía. Perdónalos Señor, porque no saben lo que hacen.

Preludio

Vamos por túneles de la Vía Salaria
al banquete del polvo entre murales etruscos.
Nos opriime la idolatría de la historia,
su vana palabrería de excusados inmundos.
Vamos con la miseria de nuestra carne
esculpida en el tiempo de las pequeñas derrotas
desde el testimonio de la espuma incesante
a las promesas del más allá sumergidas en el ahora:
los símbolos de la vida que renace
inscritas en los muros de la muerte
para la procesión del silencio y su molicie de momias.
Las primeras palabras cantaron las ciudades en ruinas.
Los primeros acordes contaron de las plazas en llamas.
La pérdida era el nudo del pronombre nosotros.
Antes que nazca el día para ensalzar la nada
podrías firmar con la mano del otro
en las nuevas lápidas sembradas por el desastre
un recuerdo marchito para el hijo de la mujer
o un insulto que escupir a los turistas rumiantes
si tu mandíbula no estuviese, micrófono sin palabras,
máquina sin imágenes,
detenida en seco contra las blasfemias del aire
que pudre la tierra de un cementerio en Managua.
Allá no habrá racimos
ni dorados trigales
ni doncellas semidesnudas retozando en las tumbas
ni torsos apremiantes en policromos murales
tan sólo huesos sobre huesos, húmeros sobre húmeros,
ni siquiera piedras blancas sobre piedras negras para resistir el polvo.
¿Y el dos de noviembre con sus canciones dolientes?
¿Y el dos de noviembre, Llorona, con sus banquetes triunfantes?

¿Y la chicha bruja y los buñuelos de yuca y los envueltos tamales?
Tu folklore cuelga en paredes al óleo entre trapos inertes.
Tu folklore cuelga en museos para banqueros y dandis.
El cementerio es un banquete entre fantasmas mudos:
Niños amputados por minas antipersonales.
Niños bajo el peso de los fusiles rusos.
Niños y ataúdes y ataúdes.
Niños de ojos fijos que reciben a otros niños con orificios parietales.
Vamos todos a la fiesta, a ejercitarse el culto de los muertos
bajo la bandera maldecida impuesta por los sátrapas.
Invocaremos en los túneles la flauta de nuestros nahuales.
Bendeciremos cada nombre prohibido en nidos subterráneos.
Maldeciremos al Esperpento en la piedra de los altares.
Si te duele respirar escupe en la cara a las pancartas.
Nuestra celebración ha comenzado con el ruido de la pólvora.
Hermanos ¿Pueden venir en paz en medio de las ráfagas?
¿Pueden venir en paz en medio de las bombas?
No olviden hundir los dedos firmes en medio de la llaga.
No crean en nada a menos que tenga la sangre sucia.
Ite missa est!
Hemos llegado al fondo de las fosas.
Acá no quedan dientes para temblar al ritmo de la lluvia.
El desastre fue la luz desde el puño de la nada.
Los niños con los himnos de patria o muerte entre sus bocas.
Las chavalas con lanzamorteros en las barricadas.
El Esperpento ofrendó muchachos en su ceremonia.
Los disfraces en la calle celebran nuestras comparsas:
La catrina es un travesti oculto entre las sombras.

Berman Bans (Nicaragua, 1976)

Despatriada

No tengo dónde vivir.
Escogí las palabras.
Allá quedan mis libros
mi casa, el jardín, sus colibríes,
las palmeras enormes,
las apodadas Bismarck
por su aspecto imponente.
No tengo dónde vivir.
Escogí las palabras.
Hablar por los que callan
entender esas rabias
que no tienen remedio.
Se cerraron las puertas.
Dejé los muebles blancos.
La terraza donde bailan volcanes a lo lejos,
el lago con su piel fosforescente
la noche afuera y sus colorines trastocados.
Me fui con las palabras bajo el brazo;
ellas son mi delito, mi pecado,
ni Dios me haría tragármelas de nuevo.
Allí quedan mis perros Macondo y Caramelo,
sus perfiles tan dulces,
su amor desde las patas hasta el pelo.
Mi cama con el mosquitero,
ese lugar donde cerrar los ojos
e imaginar que el mundo cambia
y obedece mis deseos.
No fue así. No fue así.
Mi futuro en la boca es lo que quiero.
Decir, decir el corazón, vomitar el asco y la ranura.
Queda mi ropa yerta en el ropero,
mis zapatos, mis paisajes del día y de la noche
el sofá donde escribo
las ventanas.
Me fui con mis palabras a la calle,
las abrazo, las escojo.
Soy libre
aunque no tenga nada.

Cioconda Belli (Nicaragua, 1948)

Democracia mexicana

Después Pedrarias se hizo residencia él mismo.

*Publicó por pregón que el que tuviera quejas
las fuera a presentar... (Ejemplo de democracia.)*

Ernesto Cardenal

I

otro cadáver encontrado en una bolsa negra
cerca de ahí un cuerpo el viento un puente
a dos cuadras: una cabeza hirsuta ojos abiertos
entre otras noticias: treinta ejecutados el fin de semana tiro de gracia
algunos con marcas de tortura el rescate fallido de un secuestro
un dedo un anillo un hato de periódico
entre otras noticias: terminaron e iniciaron las campañas hay buena
voluntad en Washington la reforma migratoria este bimestre se
abate en un punto la pobreza el bienestar la dicha

a lo lejos el escape de un camión

y después el silencio

abren la bolsa negra
el hedor el moho en la carne:

una recién nacida

II

E subimos las ciento y catorce gradas longas de aquel cú
Sus piedras ennegrecidas nos quemaron las manos de tan ásperas

Vide allí los pueblos comarcanos
el tianguiz de ocote y tigres
Tlatelulco
Fue desde la placeta que arriba muy se face que oteamos
el agua dulce que se viene de Chapultepec
Iztapalapa Tlacopan Tepeaquilla todo señoreado por nos ojos

Tornamos las espaldas e vimos
a constelación
bultos y cuerpos de sus ídolos
malas figuras
todos de muy mayor estatura que un gran hombre

y contrahechos
de arcilla y masa y de legumbres
amánsalas con semillas y sangres de cuores despojos humanos
ansí tal farina

En una torrecilla y apartamiento a manera de sala
dos altares
dos bultos
dos altos cuerpos harto astrosos
uno dellos

Uichilobos

Tenía la su cara y rostro muy ancho y los ojos disformes espantables
untado el cuerpo de engrudo y raíces y aljófares
sangre y otras varias excrecencias
y colgantes ceñidas al plexo unas caras de indio
arrancadas a sus cráneos
tantas para abangar un roble
y acezando por los humos del sahumerio
hube visto
todas las paredes de aquel adoratorio
tan bañado y negro de costras
y plasma asimismo en el suelo
que un rastro no exardece tal hedor e catadura

Y allí tenían un atabor de cuero crúdel áspid
que cuando le tañían
tal era la tristura de sus tumbos
los infiernos se allegaban

Tomábanlos cinco
dos por las piernas dos por los brazos
uno más por la cabeza y otro postema y landre rajábales
con ambas manos pedernal a modo de lanzón los pechos
y por aquella abertura metíale la mano
y le sacaba el corazón

y el cuerpo desasido en oscura laceria
descoyuntado era comido de todos
y los basófilos tomados granate y bermellón los rostros
purpurecidos cientos de azumbres de aloque caudal hasta la plaza

y echaban los restos a rodar
y otros eritroci
vestían sus pellejos
los muñones los tajos carne viva linfocitos

Derramaban también sangre los sátrapas fuera de los cíes
frente al Uichilobos y en degüello
tiernas cabezas de hombres hirsuta pelambrera
desmembrados los coágulos muslos
y antebrazos tibias allí asoma el hueso entre la grasa
y la carne después aislante cinta
les rodea narices esnifadas bocas y de unos puentes entonces
lo ponen a colgar
y el viento de las madrugadas desbravó sus fauces
envueltas en bolsas negras
allí vienen los retenes.
Oydo he decir que millones de hematíes
y también normocromáticos derraman
las testas cercenadas que se apilan
sobre tórax cuya carne se remueve
al contacto sólo de los dedos
y allí abdómenes mamas huesos frontales
ojos
axilas anos páncreas rafagueados
pudriéndose en los belfos
de las ratas

Señoras de esta tierra

Alí Calderón (Méjico, 1982)



Adriana Mejía. Cae el árbol de la vida.

En abril, en Nicaragua, los campos están secos.
Es el mes de las quemas de los campos,
del calor, y los potreros cubiertos de brasas,
y los cerros que son de color de carbón;
del viento caliente, y el aire que huele a quemado,
y de los campos que se ven azulados por el humo
y las polvaredas de los tractores destroncando;
de los cauces de los ríos secos como caminos y
las ramas de los palos peladas como raíces;
de los soles borrosos y rojos corno sangre
y las lunas enormes y rojas como soles,
y las quemas lejanas, de noche, como estrellas.

En mayo llegan las primeras lluvias.
La hierba tierna renace de las cenizas.
Los lodosos tractores roturan la tierra.
Los caminos se llenan de mariposas y de charcos,
y las noches son frescas, y cargadas de insectos,
y llueve toda la noche. En mayo
florecen los malinches en las calles de Managua.
Pero abril en Nicaragua es el mes de la muerte.

En abril los mataron.
Yo estuve con ellos en la rebelión de abril
y aprendí a manejar una ametralladora Rising.
Y Adolfo Báez Bone era mi amigo:
lo persiguieron con aviones, con camiones,
con reflectores, con bombas lacrimógenas,
con radios, con perros, con guardias;
y yo recuerdo las nubes rojas sobre la Casa Presidencial
como algodones ensangrentados,
y la luna roja sobre la Casa Presidencial.
La radio clandestina decía que vivía.
El pueblo no creía que había muerto.
(Y no ha muerto)

Porque a veces nace un hombre en una tierra
que es esa tierra.
Y la tierra en que es enterrado ese hombre
es ese hombre.
Y los hombres que después nacen de esa tierra
son ese hombre.
Y Adolfo Báez Bone era ese hombre.

Ernesto Cardenal (Nicaragua, 1925-2020)

Nese lugar me recordo. Non había sombra. Arroiaaba.
A mudez dos ameneiros non nos cubría cos seus brazos.
Levantábase o vendaval. Tiraban pedras. Ladraron.
Algunhas dóciles voces, filas atrás, batían palmas.
O frufrú de corpos xuntos. Cociñábase o alento.
Os ombros de máis a un lado salvaban outros do corisco.
Daba caricia a estreiteza, esquivaba os raios altos.
Caía o mar, guindaban croios, non querían escoitarnos.
Véxome nese lugar. Cataratas purpurinas.
Algunhas veces as luces enfilábannos con forza.
Que pasa atrás? Que chega a verse?
Redobraba a madrugada.
Outras, o olor da metralha non alcanzaba as últimas reas.
Cociñábase o alento nun lume manso e coidado.
Era doce o seu aroma e o seu folgo gasolina.
Dicían si, ás nosas costas, dicían non, dicían vale.
Erguíase cada nordés e batíanos na cara.
Outras veces o aroma da luz tamén nos bañaba primeiro.
Chuvias de prata e sol que apenas tocaban os bandos do fondo.
Recórdome nese lugar. Nin toldos nin rescaldo.
Ás veces as deflagracións confundíanse cos flashes.
Todo ten o seu espazo. Houbo neve e andoriñas.
Nese lugar me recordo. Aínda hai pedras. Camiñamos.

En ese lugar me recuerdo. No había sombra. Diluvia. La mudez de los alisos no nos cubría con sus brazos. Se levantaba el vendaval. Tiraban piedras. Ladraron. Algunas dóciles voces, filas atrás, batían palmas. El frufrú de cuerpos juntos. Se cocinaba el aliento. Los hombros de más allá salvaban a los otros del granizo. La estrechez daba caricia, esquivaba los rayos altos. Caía el mar, lanzaban palos, no querían atendernos. Me veo en ese lugar. Cataratas purpurinas. Algunas veces las luces nos enfilaban con fuerza. ¿Qué pasa atrás? ¿Qué puede verse? Arreciaba la madrugada. Otras, el olor de la metralla no alcanzaba las últimas recuas. Se cocinaba el empeño en un fuego manso y cuidado. Era dulce su fragancia y su aliento gasolina. Decían sí a nuestras espaldas, decían no, decían vale. Se erguía cada levante y nos golpeaba en la cara. También a veces nos bañaba antes el aroma de la luz. Lluvias de plata y sol que apenas tocaban los bandos del fondo. Me recuerdo en ese lugar. Ni tendales ni rescoldos. A veces las deflagraciones se confundían con los flashes. Todo tiene su lugar. Hubo nieve y golondrinas. En ese lugar me recuerdo. Aún hay piedras. Caminamos.

Yolanda Castaño (España, 1977)

Lamed

Temblad, temblad, tiranos, en vuestras reales sillas,
ni piedra sobre piedra de todas las Bastillas
mañana quedará.

Tu hoguera en todas partes, ¡oh, Democracia! inflamas,
tus anchos pabellones son nuestras oriflamas,
y al viento flotan ya.

No encorvaráse el siervo, no gemirá el esclavo;
no dictará sus leyes el dueño altivo y bravo,
no habrá látigo el rey.

Verá campos abiertos la multitud obrera,
y, quebrantando el yugo la nuca prisionera,
será búfalo el buey.

Cuando se desentense el arco puesto en comba,
traerá en el pico al mundo la mística colomba
la oliva de la paz.

Y el hombre, como el cóndor de poderosos vuelos,
navegará en los aires, camino de los cielos,
en su navío audaz.

Vino oloroso y nuevo de viña virgen; vino
que bulles y fermentas en el lagar latino,
danos calor y luz,

al ir al sacrificio llevando en triunfo al toro
que, consagrado al numen, lleve ceñido de oro
y rosas la testuz...

Rubén Darío (Nicaragua, 1867-1916)

“Vamos haciendo la Historia”

*“Juan Represión grita,
Juan Represión llora
Está tan loco el pobre que hoy
en la cárcel se encerró”.*
Sui Generis

Los niños que éramos entonces,
aquellos que jugaban a la revolución con espadas de plástico,
ya no pintan mapas de países libres
ni acompañan a sus padres a las marchas, barricadas y trincheras.

Fuimos derrotados.

Aquellos niños que éramos en 1979
tienen otra vez la sed del mundo
y los colores y las banderas cambian de estación
cuando se arrugan los papeles y se detienen los relojes.

Caímos en combate siempre.

¿Para quiénes debo preparar mis pistolas esta tarde?
¿Dónde están ahora Ernesto y Claribel?
¿A quién puedo hablarle de Carlos Fonseca
mientras llueve en la patria grande de Sandino?
¿En dónde sonarán las canciones de Pancasán y Guardabarranco
que cantábamos en las viejas chimeneas alrededor de la alegría?

Se esfumaron esas risas y los sueños
y ya no jugamos a la revolución con los amigos
porque en mi casa y en mi infancia también perdimos la guerra
nos traicionaron y ahora nos persiguen.

Recojo los afiches de la reforma agraria y los panfletos.

Ahora los traidores son tiranos.
Olvidamos las palabras y llenamos de adioses
la infancia
la patria

la casa
El abismo en el que hoy somos extraños y huérfanos.

Federico Díaz Granados (Colombia, 1974)

Nación

Oh, dueña, oh, mía, santísima y nefasta,
bajo el rosado vuelo de las aves
dejaré las letras de un himno,

y sobre tus tejados, aún de tierra roja,
inclinaré mi cabeza humedecida
en el aplauso interminable de tu invierno sin nieve,
y reuniré todo lamento y toda terrible declaración de amor
para decirte dónde estamos perdidos,
para dejarte migajas de inhabitables días destrozados
y que puedas llegar hasta nosotros.

Oh, hermana enorme, loba del color de las azucenas sucias,
eres la inmensa huésped de las aguas del alba,
una vieja mujer con anillos de ónix y pezuñas de jaguar,
globos negros son tus palomas que explotan en el aire.

Oh, madre enferma y santa, tu cabeza es una gallina
haciendo equilibrio en el horizonte de marzo,
tu huella es un país que llega con la noche,
tu primavera, una estación de trenes en cuyo andén
se desbordan tilos enfurecidos, altos,
tan altos como muchachos a la sombra, y más altos aún,

semejantes a brisa súbita erguida como un animal majestuoso
bajo todas las aguas del pacífico, ese mar solo nuestro,
ese páramo repleto de caballos dementes
que chocan entre ellos y se expulsan
a través de una piadosa muerte blanca, un grito blanco
que destroza los muelles y las piedras.

Un ruido de gaviotas es lo que sé de ti, madre,
temible madre siempre en éxtasis,

y por eso bendíceme otra vez y yo te bendeciré,
y estaremos juntos al amparo de tu inaudita iglesia,
esa iglesia llena de niños santos
arrodillados para siempre...

Jorge Galán (El Salvador, 1973)

Democracia

Venga a mí tu palabra
en los labios abiertos que me buscan
para morder la rosa de los amaneceres.

Venga a mí,
en los ojos del joven que levanta la mano
y pide la palabra,
y confía sin más en las palabras.

Por los años prohibidos,
por las mentiras tristes que manchaban el aire
como pájaros sucios,
por los que se levantan con frío en las rodillas
y por el exiliado que regresa,
por su recuerdo herido al bajar del avión,
venga a mí tu palabra.

A mí,
que quise hacerme hoy
en primera persona del futuro perfecto
con un libro de amor en el bolsillo.

Por los libros de Freud y de Marx,
por las guitarras de los cantautores,
por los que salen a la calle
y no se sienten vigilados,
por el calor del cuerpo que aprendí a respetar
mientras lo desarmaba con mi cuerpo,
por los ojos brillantes
de los antiguos humillados,
por las banderas libres en las plazas
igual que peces de colores,
por un país altivo,
mayor de edad, pero con veinte años,
por los viajes a Londres y a París,
por los poemas de Cernuda,
venga a mí tu palabra.

Tu palabra más limpia, más alegre,
porque es el tiempo alegre de las palabras limpias.
Los buitres han perdido su carroña de miedo.
Parece que no tienen donde ir

y vuelan a esconderse,
a esconderse,
muy lejos de nosotros,
en la tumba más fría del pasado.

Luis García Montero (España, 1958)



PX Molina.

Patria

Patria boba y cruel,
patria de pompa y bayonetas,
patria ajena,
propiedad de pocos,
patria áspera.

Patria: ponqué de políticos, asunto de anodinos señores de corbata
impecablemente bien peinados siempre, con gomina,
patria de conventículo y de club,
patria de juntas directivas y pandillas, patria de directorios y delfines,
patria desmadejada,
patria de guante blanco y timadores,
patria dura, distante, dolorosa,
asunto de cuatro dueños y su legión de funcionarios en ascenso,
patria sin paisaje y sin hombres,
patria hueca,
negocio, herida,
patria de sangre y sangre y sangre.

Darío Jaramillo Agudelo (Colombia, 1947)

Nicaragua

Juegan los niños en la calle siempre.
Llueve y los niños juegan.
Bajo el sol ciego y el polvo del verano
siempre juegan los niños.
Abrasa el cielo y continúan jugando.
Fuera el mundo se amansa pocas veces,
con frecuencia es feroz como una escuadra.
Dientes en lucha muerden el cuero de la plaza
donde juegan los niños. Los niños que son otros.
Ya los niños de antes
se sujetan cruzados el fusil
los sollozos se tientan
quieren flotar encima del hierro y el sudor
que acaban invadiendo sin remedio.
Y en la calle los niños de toda época juegan
frente a las tercas balas
el ruido y el silencio.
Míralos cómo juegan en la calle
siempre todos los niños.

Raquel Lanseros (España, 1973)

Estertor del tirano

A la memoria de Hugo Torres, de Eddy Montes, y de todos los que han sido asesinados en la cárcel de cualquier fascismo, por exigir libertad para sus pueblos. Sus nombres representan dolor, pero, también, esperanza.

No tendrá lecho tu adiós, tendrá
las voces sin nombre que repiten tu nombre;
tendrá un oscuro zopilote que vacíe lentamente tu pecho,
como la muerte vacía las tumbas;
tendrá todo el silencio de tus muros y la sed
que ha secado tus pasos;
los hilos de la sangre, acongojadas
fuentes
sin rumbo;
arañan la tierra,
se bifurcan, se abren,
como el trazo de un árbol en la arena,
el temblor del miedo y de la furia,
la sombra que en la oscuridad se convulsiona;
como los ojos que hay que cerrar, para evitar la duda: ¿qué miran?

Sabrás en tu hora que es tu turno;
lo dirán las paredes y los pisos hediondos de las celdas
del paraíso eternamente alejándose, inmensamente desgarrándose, anchamente
desplazándose como una
gigantesca babosa por tus sueños.

Francisco Larios (Nicaragua, 1959)

#18418

De esa chispa
No queda nada
Solo despojos
Colillas de cigarrillos
En ceniceros rotos
Labios cocidos
Banderas sordas
Sobre ataúdes
Palabrerío soberbio
Impregnado de suturas
Llantos postrados en desahuciadas camas
Asediados cuerpos
Sedientas cicatrices
Famélico dolor
Silencio
Silencio
Aterrizaje suave
Insólito barullo
Carne putrefacta
Veneno corrosivo

¿Qué nos queda de ese incendio?
Retazos de consignas
recuerdos amordazados
Fronteras imaginarias
Listas parlamentarias
Listas de presidiarios
Listas de cadáveres
Listas de reclamos

¿Dónde quedó de ese estallido?
En bolsillos rotos
En insultos enredados
En bandos fragmentados
En voces que callan
Y tienen que tanto qué decir, gritar

¿Qué queda de abril?
Un soplo
Ventisca
tolvanera
Polvo

Ráfagas
Disparos
Huecos
Sangre
Lágrimas
Llanto
Atascados
En las gargantas
Rasgadas
De una llamarada que solo vive
En resquicios de la memoria.

Madeline Mendieta (Nicaragua, 1972)



Luis Enrique Mejía Godoy. Mi nombre es abril.

Hoy, hijo mío...

Mañana, hijo mío, todo será distinto...

Edwin Castro

Hoy, hijo mío, nada es distinto.
La angustia sigue marchando
a paso firme sin encontrar fondo.
El campesino es decapitado, cercenado
y mutilado por quitarle la tierra suya.
Que es poca, pero ya no es suya.
Las hijas del obrero y campesinos
son las prostitutas de los poderosos, como vos.
No hay pan y menos vestido
porque su trabajo no merece ser pagado.
Las lágrimas se mezclan con sangre en las calles.
Hoy, hijo mío, nada es distinto.
Caen bombas lacrimógenas, hay cárcel
y disparos de Dragunov
para quien ose levantar la voz.
No puedo caminar por las calles
porque ninguna ciudad es mía,
ni de tus manos y de las manos de tus hijos.
Encerró la cárcel tu juventud
Como también encerró a los míos
y morirás exiliado.
Hoy, hijo mío, todo sigue siendo igual, o peor...

Andrés Moreira (Nicaragua, 1991)

Visiones de la mala “patria”

Para Nicaragua, que sufre

No es cierto que la libertad es una víbora
que se amarra a sí misma como una ancla de pesca.
No es cierto que el poder se ha coagulado.
No es cierto el volumen de sangre ni el número de los “nadies”.
No es cierto la sombra que anuncia al enemigo.
No es cierta la roca que edifica la mentira.
No es cierta la paz con disfraz de payaso.
No es cierta la dicha sin sonrisa ni amarillo.
No es cierto el lago de Nicaragua sin su fondo,
sin la historia de su lucha y su dolor.
No es cierto que han llegado los cobardes
a tomarse nuestras casas, nuestros misterios oníricos,
a forrar nuestras alcobas con su olor de jabón rancio.
No es cierto tanto escándalo gratuito. Tanta gana
por poseer. Por seguir. Por no oírse en los demás.
Por perjuriar. Por creer en el tiempo como un tótem
que no se mueve, que camina como una utopía
en pleno corazón de las cigarras dormidas de luz.

La patria es un socavón. Un corte decaído.
Los perros ya no lavan su corazón en el viento libre.

Es cierto que la gente ya se quiere menos.
Es cierto que la montaña es una fruta gigantesca y seca.
Es cierto que ya no hay navidades en las crisis.
Es cierto que huele a guerra. Que es derrota
la mañana. Que el sol es menos sol en la costumbre.
Es cierto que ha resucitado el horror. El holocausto.
La persona ingrata. La soledad gris. Los olores de la calle
combinados con vinagre. Es cierto que la suciedad
está invadiendo el corazón, la víscera, el ego de los santos.

Es cierto que se fueron los héroes. Que las madres
cosechan la nada. Que los hospitales están
 llenos de prejuicios y bacterias y humanos rapaces.
Es cierto que el cielo de Nicaragua
ya no es ni de Sandino. Ni de Cardenal.
Es cierto que las islas que flotan
han ido a explotar a los volcanes.
Es cierto que hay poca Patria. Que hay poca vista

para ver el corazón de los otros.
Es cierto que las ciudades se hacen imaginación,
se hacen Itacas imprecisas. Se hacen poca fuerza
y muchas nuceces. Se hacen de lejos
Se van como crepúsculos marinos.

Es cierto este poema:
pese a que “los poetas
mentimos demasiado”.

Xavier Oquendo Troncoso (Ecuador, 1972)



En nuestras lágrimas
se escora
agua de mar
y
por las venas
salpica la sangre
su espuma,
así
que
solo
somos
:
bajel
y
semilla
en las selvas de sándalo
:
salinidad común
entre el mar
y la sangre.
De
tal
bellísima
anomalía
se derraman
los
modos
de
la
plenitud.

a Ernesto Cardenal

María Ángeles Pérez López (España, 1967)

Cuestión de principios

Un poema que diga también lo que no dice.
Un poema que escuche a quien lo lee.
Un poema que nunca olvidarán
las palabras con las que lo haya escrito.

Un poema que sabe lo que piensas.
Un poema que busque tinta verde en tus ojos.
Un poema que tenga las llaves de tu casa.
Un poema que ponga en tu piel mi cicatriz.

Un poema que sea raro que no existiese.
Un poema que ladre a los desconocidos;
Un poema que diga que el que cierra los ojos
es cómplice del crimen que no ha querido ver.

Un poema que sea capaz de repetir
justicia y corazón,
libertad
y alegría.

Benjamín Prado (España, 1961)

Patria Pequeña

“Si pequeña es la patria, uno grande la sueña”

Rubén Darío

Mínima es la patria de la palabra.
Un cosmos de morfemas y de sílabas
que eleva sin embargo el amplio vuelo
que crea y nos explica todo el mundo.
Por su música yo amé Nicaragua.
La tierra de titánicos poetas
que en su verso ensancharon el idioma.
Yo, amé su voseo en mi maestra,
Pilar que abandonó su Paz el día
que oyó de un nicaragüense a Darío
y casi vuela, Pasamar de Azul.

Transoceánico también mi viento
del destino quiso alcanzar tu costa,
igual que los quetzales migratorios,
y quererte en la piel de los volcanes.
Más aún en los ojos de tus gentes,
las miradas hambrientas de futuro
y rientes los labios en el pálpito
de vivir libres como colibríes.
Viles las víboras de terciopelo
devoran las camadas infantiles,
constríñen el corazón de las madres,
envenenan el presente diario.
Pero no durará la noche siempre,
ni tampoco el reptil y su progenie
ha de heredar la tierra. Yo sé bien
que se acerca la luz de ese día.
Que azul, blanco y azul de sus banderas,
de entre océano y mar que los acuna,
volverán monarcas las mariposas,
traerán de vuelta a los que se fueron,
recordará a los que abril convirtió
en mártires amapolas deshechas,
y en la isla Zapatera sus glifos
contarán en piedra nuevas historias.

Manuel Francisco Reina (España, 1974)

Huellas

Fluye la sangre caliente sobre el caliente asfalto de Managua
y es magma que burbujea y estalla,
que horada surcos en la ciudad que tiembla en su costumbre
o gime de dolor en cada cuadra, como si alguien la escuchara,
y donde los niños son ojos brillantes que miran ese fuego
que quemará sus manos y sus bocas, como mucho antes incendió
el futuro de sus padres y antes el de sus abuelos
en una pira eterna siempre alimentada de huesos jóvenes,
de piel y vísceras sin otra alternativa
que ser el alimento del negro zopilote.

Corren con rabia adolescente pero muy antigua,
por avenidas tropicales,
los muchachos que han dejado los libros en las aulas
y solo cargan en sus bolsos una esperanza que ignora
que el fracaso es siempre una semilla que flota sobre el tiempo
y sobrevive a las épocas, florece y se hace fuerte
igual que la raíz del chilamate, garra vegetal,
cimiento retorcido para vencer la fuerza de los huracanes.

Corren mientras los guardias disparan con precisión certera
y los encapuchados dibujan sombras y siluetas de akas
desde las torres del estadio: Otro jonrón del miedo
para anotar carrera en el mismo partido que la Historia
insiste en repetir.

Corren y dejan sus huellas sobre la sangre humeante
como en Acahualinca, junto al lago,
donde otros huyeron de otro volcán
pisando ceniza y fango.
Y dejaron sus pies descalzos varados con vocación de eternidad.
¿Quién encontrará, tal vez dentro de un siglo,
las huellas de un muchacho de apenas quince años
tendido sobre el suelo,
con la garganta convertida en fumarola
y el dolor punzante al respirar un abril de pólvora sin miel.

Las ambulancias,
como nerviosos violines en sinfonías desordenadas
llevan hacia ninguna parte
a aquellos que van a morir de amor y aún no lo saben.

Daniel Rodríguez Moya (España, 1976)

Voluta

Pudiera decir no a mis impulsos
cubrir el Sol con las manos
dejar de partir el pan
dejar de gritar pan
dejar de salir a la calle con el pecho expuesto
no reclamar la vida que se aproxima

pero hay algo de mí que se impone como voluta
esa íntima voz que el miedo no impide fecundar
e intento sacar aquello que reside oculto
aquello que se expande por mi piel
y revive incluso a las grises estatuas

¡Ay, rabia de mí!
¡Ay, rabia de los que sueñan!
¡Ay, rabia de quienes
desprecian el olor a pólvora
que recorre el suelo husmeando
como fieras por nuestra dignidad!

Pudiera decir no a mis impulsos
-ciudad que está en mí
ciudad que se deshace cual espuma-
decir no a esta ciudad de humo que construye su odio sobre ruinas
Decir no otra vez
renunciar a uno mismo

pero mi voz
mi voz
de verdad mi voz
-voluta que nace
del silencio de todos-
apenas empieza a florecer
sobre las copas de los árboles.

Francisco Ruiz Udiel (Nicaragua, 1977-2010)

Epigramas al modo de Ernesto Cardenal

I

Cuídate, Claudia, de los viejos uniformes.
Los héroes de entonces ahora son tiranos.
Escucha como arrojan sus discursos por la borda,
Pero no tengas por segura la derrota.
Ellos cambiarán como el viento en Las Segovias
Y sólo tú serás eterna,
siempre que la poesía permanezca a mi lado.

II

Mi juventud vivió la caída del déspota Somoza.
La festejamos, ¿recuerdas?, junto al lago Managua.
Mi madurez supo que algo no iba bien,
Ni en el gobierno ni en tus brazos de dulce nica hermosa.
Mis canas buscan hoy que Ortega se nuble en su borrasca
Y que acaso respondas a alguna de mis llamadas

III

De estos calabozos, Claudia, de tanta alevosía,
Sólo quedarán despojos y silencio,
Pero escribirán canciones sobre los rebeldes
Que repicarán las aves de la costa de mosquitos.
Sobreviviréis también la esperanza y tú,
Como gigantescos volcanes dormidos.

Juan José Téllez (España, 1958)

Los pájaros

Los niños de Managua venden pájaros.

Saben cantar en medio del invierno,
no conocen el frío,
imaginan la nieve como un momento hermoso
imposible en sus vidas,
conocen el temblor bajo los pies,
cuentan historias tristes mientras la gente huye,
hacen silbar sus pájaros de arena,
hacen sonar el viento
como quien pide ayuda en un naufragio.

Pero todo es naufragio.

Los ahogados, sentados en las plazas,
reconocen la paz que el tiempo ha sometido
con balas que mordieron en la espalda
a algunos hombres tristes.

Los niños de Managua sueñan con ser pelícanos
y buscan un océano,
y golpean sus rostros contra el agua
hasta perder la vista.

Los niños de Managua
tienen las manos llenas de colores,
miran al cielo y vuelan hasta San Juan del Sur,
logran ser como pájaros
que abandonan las manos de la muerte,
las sucias manos pobres del desierto.

Fernando Valverde (España, 1980)

Los suplicantes (oración al dictador)

La verdad es que los muertos
jamás nos importaron

Señor, bien sabes que cuentas
con nosotros

Que nunca hubo intención
de derrocarte

Pero aquel mar de jóvenes
aquellas multitudes
exaltadas
nos sorprendieron

Era como un tsunami, Señor,
y nos amedrentamos

Tuvimos que hacer la mueca

Pretender...

Junto con tus bufones, Señor,
entretuvimos al pueblo
mientras lo avasallabas

Quienes te adversaban
están en el exilio o en la cárcel
y los asesinados
se pudren en la tierra

La farsa fue exitosa

Hemos cumplido, Señor

Ahora nos presentamos
ante Ti, rogándote derrames

Señor, en nuestros pechos,
las treinta monedas.

Daisy Zamora (Nicaragua, 1950)

Re corro las calles de Roma
en el corazón una herida,
pena que abona mi nostalgia
de volver al país
que originó mi sol.

Hijo, brotaste de buen suelo
que convoca amores
con su olor inconfundible
a lluvia y flores
y terneros recién nacidos;

la misma tierra, violenta y dulce,
que arrancó las raíces de tu árbol
bendiciendo con pólvora,
miel y poesía, al nuevo jardín.

¿Qué ha florecido en aquellos campos?

Árboles de lata, cuyas frondas coloradas
confinan la esperanza.

Y una nube de algodón de azúcar
cubre con su sombra
la siembra de negros conjuros

para aplacar los volcanes brioso s
que con voz de fuego crepitan:
“Oh Señor, no eres tú
un Dios amigo de los dictadores,
castígalos, malogra su política,
impide sus programas”.

No prevalecerán las tinieblas:
la verdad
crucificada
resucita.

Seguirán cantando los sinsontes
en cielos despejados
abrirán sus alas las garzas

porque la fe no se rinde
y cada llaga es llama
que se levanta y vuela

más allá de mi nostalgia

de lo geopolítico
(siempre a costas
de los cuerpos atropellados)

y de todo lo que llevas, hijo,
en la agenda de tu mirada.

Zingonia Zingone (Italia/Costa Rica, 1971)



PX Molina. No callar.

No nos hemos perdido

A PW y Nicaragua este poema contra todas las tiranías

No nos hemos perdido.
Infinitas batallas nos preceden,
incontables cadáveres hinchándose
sin fin bajo las lluvias
y músculos y tendones rotos emergiendo
como sueños entre los botones de tierra.
Nos preceden veraces campos,
fértils trigales abonados solo con sangre,
siglos enteros labrados a destiempo,
generaciones igual que árboles quemándose
en la tormenta
pero nosotros no nos perdimos.

Entre las luces de las estrellas
que no llegaron a destino y los ojos húmedos
que chirriaron ardiendo en las antorchas
entre las cenizas de los cuerpos
aun pegadas a los muros
entre los mares derrumbándose
y las falsas Ítaca refulgiendo frente a Nadie
nosotros no nos perdimos.

Miles de otras naves nos esperaban
océanos de muertos nos querían llevar consigo
sirenas como racimos nos llamaron con su canto
pero nosotros no nos perdimos.

Y por eso ningún cadáver
ni ningún grumo de sangre
que cantó cuajado en el hueso
ni ningún tendón roto vendido en el canasto
ni ningún amanecer asombrado entre los verdugos
ni ninguna ruina ni naufragio
dejó de encontrar el cielo
que es nuestro y es de todos.

Porque nos encontramos no sucumbió la eternidad
porque tú y yo no nos perdimos
ningún cuerpo
ni sueño ni amor fue perdido.

Raúl Zurita (Chile, 1950)

Índice

- 3 Con Nicaragua 2022. Asociación Nicaragua Libre.
- 5 Poesía en llamas. Sergio Ramírez.
- 7 Aterrizando / Siempre con Nicaragua. Rafael Alberti / María Asunción Mateo.
- 9 Hoy es noche de sombras. Claribel Alegría.
- 10 Ante la quema de la Sangre de Cristo (31 de julio de 2020). Javier Alvarado.
- 12 Preludio. Berman Bans.
- 14 Despatriada. Gioconda Belli.
- 15 Democracia mexicana. Alí Calderón.
- 19 En abril, en Nicaragua... Ernesto Cardenal.
- 20 Nese lugar me recordo... Yolanda Castaño.
- 22 Lamed. Rubén Darío.
- 23 "Vamos haciendo la Historia". Federico Díaz Granados.
- 24 Nación. Jorge Galán.
- 25 Democracia. Luis García Montero.
- 27 Patria. Darío Jaramillo Agudelo.
- 28 Nicaragua. Raquel Lanseros.
- 29 Estertor del tirano. Francisco Larios.
- 30 #18418. Madeline Mendieta.
- 32 Hoy, hijo mío... Andrés Moreira.
- 33 Visiones de la mala "patria". Xavier Oquendo.

- 35 En nuestras lágrimas... María Ángeles Pérez López.
- 36 Cuestión de principios. Benjamín Prado.
- 37 Patria pequeña. Manuel Francisco Reina.
- 38 Huellas. Daniel Rodríguez Moya.
- 39 Voluta. Francisco Ruiz Udiel.
- 40 Epigramas al modo de Ernesto Cardenal. Juan José Téllez.
- 41 Los pájaros. Fernando Valverde.
- 42 Los suplicantes (oración al dictador). Daisy Zamora.
- 43 Recorro las calles de Roma... Zingonia Zingone.
- 45 No nos hemos perdido. Raúl Zurita.



Este libro se finalizó el 18 de abril de 2022,
a los cuatro años del comienzo de la insurrección
cívica contra la tiranía de
Daniel Ortega y Rosario Murillo.
¡Viva Nicaragua libre!

CON NICARAGUA 2022

En Nicaragua la poesía nunca ha sido un acto inocente, y desde siempre ha servido para revelar y para rebelarse. La conciencia del país expresada en las palabras, no en balde un país de poetas es un país de voces que nunca duermen, y que sirven para despertar a los demás. Palabras que se alzan en rebelión; palabras que no descansan. Nuestra permanente Hora 0 anunciada por Ernesto Cardenal, uno de nuestros grandes poetas.

Los poetas aquí representados son nicaragüenses unos, y los hay también de otras latitudes, y que a través de sus voces han tejido una red solidaria para un país que a lo largo de su historia ha visto la democracia y la libertad como excepcionales mientras la tiranía ha sido la constante, tiranías sometidas a intereses extranjeros ayer y hoy, como lo expresaba ya, tantos años atrás, la voz de Rafael Alberti.

Sergio Ramírez

